

—Ríndete, Galeana, yo te prometo que serás tratado con todas las consideraciones debidas á tu rango; aquí traigo el tercer indulto que te manda Armijo.

—Nunca, le contestó Galeana.

—Mira que no tienes ya salida; aquí está tu indulto.

—Pues que me maten si quieren, contestó Galeana picando su caballo para introducirse en la espesura del bosque.

Al dar la vuelta su caballo que era muy brioso, se encabritó haciendo que el general se diera un fuerte golpe en la cabeza contra la rama de un árbol, cayendo á tierra desvanecido.

Ninguno se atrevía á acercarse temiendo recibir la muerte de mano de Galeana; no obstante que estaba desarmado hasta que el soldado Joaquín de Leon le tendió el fusil, le disparó en el pecho y en seguida le cortó la cabeza para llevarla como trofeo á Armijo, quien lo premió con diez pesos.

Así concluyó la carrera militar de tres años de aquel sublime héroe de nuestra santa independencia, llamado D. Hermenegildo Galeana.

## CAPITULO LIII.

## LA CONSTITUCION.

Cuando Morelos, que á su vez se encontraba en muy grandes apuros, pues estaba rodeado de enemigos, tenia que defender al congreso que tambien era perseguido tenazmente y que dictar todo género de disposiciones para que la revolucion no sucumbiera, supo la muerte de su muy querido general Hermenegildo Galeana, se soltó llorando como un chiquillo y se le oyó exclamar: "He perdido mis dos brazos: ¡ya no soy nada!" Y era la verdad: muy difícil le iba á ser en lo sucesivo encontrar dos gefes tan llenos de valor, tan adictos, tan obedientes, tan moderados, tan sufridos y tan llenos de elevadas virtudes como Matamoros y Galeana.

Francisco y Colás, viendo á su amo muy triste, venian algunas veces á su lado en la peligrosa pere-

grinacion que iba haciendo Morelos desde la costa á su campo de Atijo, en donde contaba con reponerse algo de los destrozos que habia sufrido para emprender nuevas operaciones.

—¿Qué hay de nuevo? les preguntó en una vez Morelos en que los vió llegar apresuradamente, ¿vienen á hacerme compañía para que disipe la tristeza?

—Señor general, le contestó Francisco, traemos aquí un correo que dice es portador de noticias muy importantes.

—¡Ay, hijos míos! les diré que ya tengo temor de recibir cartas y papeles porque no vienen á hacerme sabedor mas que de muy grandes desdichas. Después de Matamoros Avila, después de Avila Galeana, después de Galeana D. Miguel Bravo y tantos y tantos mas como nos están matando los realistas.

—Pero este mensajero dice que las noticias que manda el congreso son todas favorables.

—Como quiera que sean que llegue y me las diga. El correo avanzó.

—¿De dónde vienes?

—De Uruápan, excelentísimo señor general.

—Allí está ya el congreso?

—Por pocos días, señor amo, porque lo va persiguiendo recio y tupido D. Pedro Celestino Negrete.

—¿Quién te envió?

—El señor general Liceaga con estos pliegos que hablan de la vitoria alcanzada en Cópore y de otras muchas cosas.

—Vamos á detenernos en donde se divisan aque-

llos árboles, quizás encontraremos gente que nos dé de almorzar.

—En todo caso, dijo Colás, Pancho y yo tenemos algun bastimento.....

—¡Ah! si no fuera porque ustedes me quedan, hijos míos..... ¡ay! cómo he llorado tambien á mi buen discípulo Rafael Fuentes, tan entendido, tan valiente y tan lleno de porvenir..... parece que los realistas tienen tino para quitarme lo mejor.

—Es porque los malos no pelean, sino que siempre se escapan.

—Yo hubiera dado, dijo Morelos con aquella salida de Colás, á Osorno, á Villagran, á Santillan, al Pachon y á tantos y tantos otros solo por uno de esos tres héroes que tanto he sentido.

Con estas y otras pláticas llegaron á un rancho llamado de la Soledad que era donde Morelos habia visto el grupo de árboles, echó pié á tierra y mandó que la mitad de la fuerza desensillara y diera un pienso, pues pensaba tomar allí unas tres horas de descanso. Su fuerza, después de las desgracias últimas de Acapulco y sus alrededores, se componia de cien hombres de su escolta bien montados y medianamente armados. Era todo el ejército con que marchaba á la sazón el generalísimo que poco antes contaba los soldados por miles.

Tomó un bocado y se puso él mismo, después de dormir media hora, á leer la abundante correspondencia que le habia traído el correo. Como notara que

Colás y Francisco andaban por allí dando muestras de curiosidad los llamó y les dijo:

—En efecto, aquí tenemos muchas noticias que me da el congreso y algunas de ellas son muy buenas. Voy á repetírselas.

Colás y Francisco se acercaron y tomaron asiento en un pretil que les señaló el cura cerca del banquito hecho de un tronco de árbol en que estaba él sentado.

—Distinta situación es esta, amigos míos, á la que tenemos hace unos cuantos meses en que volvimos al curato de Carácuaro llenos de dinero, de títulos y de galones, dijo Morelos con amarga filosofía: entonces apenas bajaba los ojos á ver á mis antiguos compañeros, porque los traía muy alto, pensando en paparruchas, tan alto como me los habían puesto los aduladores que son las peores sabandijas que puede haber en las naciones, porque esas gentes que no conocen la dignidad en lo absoluto son las que forman los tiranos, son las que le concitan odios al gobernante divorciándolo de las gentes buenas y son las que abren los abismos por donde se precipitan los mejores sentimientos formando los corazones duros, alevosos y cobardes. ¡Qué distinto es el verdadero cariño de los amigos leales á los elogios inflados, á las lisonjas viles de los que procuran solo medrar á la sombra de los poderosos. Si la fortuna no me hubiera dado golpes tan repetidos haciéndome caer la venda espesa que me habia logrado poner la gente servil en los ojos, quien sabe en qué desconocidos horizontes hubiera ido á detenerme, porque aunque

me siento patriota y honrado, soy hombre como todos de carne y hueso y muy susceptible de caer en los desvanecimientos en que caen los déspotas.

Una lágrima se deslizó por las mejillas de Morelos y agregó con la voz alterada por el sufrimiento:

—Sí, yo he sido quien ha sacrificado á Matamoros y á Galeana por no haber querido oír sus sanos consejos, creyéndome un genio superior segun me decían mis aduladores que lograron llevarme hasta la pendiente... ¡oh, Dios mio! ¡Dios mio! qué frágiles de entendimiento y de voluntad somos los hombres y como nos engreimos cuando la casualidad nos eleva sacándonos de la esfera humilde en donde debiamos mantenernos, sin pasar mas allá de la línea que tienen trazados los deberes.

Y como observara que Colás y Francisco estaban alelados sin comprender lo que decia, como saliendo de una especie de sueño que tuviera embargada su fantasia, dijo bruscamente:

—¡Ah! no me acordaba que ustedes lo que quieren es saber noticias. Pues se las referiré en globo. Iturbide se ha hecho de gran fama con las derrotas que sufrimos desde Valladolid, que á él solo se atribuyen, ha matado un horror de gente y se ha hecho por consiguiente el niño mimado del virey y los españoles, quienes lo han llenado de premios y regalos; Abad y Queipo, que no se puede negar, es hombre perspicaz y muy inteligente, ha escrito á Calleja diciéndole que no dé muchas alas al tal Iturbide, porque puede llegar dia en que quiera meterle una zancadilla. El tal

Iturbide también se ha querido dar muchos humos antes de tiempo y lo ha castigado la suerte: despues de haber fusilado en la provincia de Guanajuato, que se le dió á mandar, á tantas gentes como ha podido y entre ellas á la hermosa jóven Maria Tomasa Estevez y á otras mujeres, pues ese bárbaro no perdona ni á mujeres, ni á niños, ni á moribundos. fué comisionado para perseguir á D. Ramon Rayon que ha logrado destruir partidas realistas desde Huetamo hasta Huehuetoca cerca de México, armando un regular ejército con el que se hizo fuerte en el cerro del Cópore. El virey, que creía que habiéndonos destruido era ya su triunfo completo y no tenia mas á quien combatir, se sorprendió de que se levantara tan pronto una nueva fortaleza en donde acababa de inmolar á millares de víctimas y mandó que se reunieran cuatro mil quinientos hombres de las mejores tropas mandadas por los gefes mas distinguidos, yendo Llanó é Iturbide con el encargo de dirigir hábilmente las maniobras á fin de no errar el golpe. Se presentaron las imponentes legiones realistas á la vista de Cópore y establecieron un sitio en forma con sus caminos cubiertos, sus baterias enfiladas, sus trincheras de aproximacion y todo lo demas que aconseja el arte de la guerra; pero sin que los humildes insurgentes se desanimaran, pues Rayon con astucia procuraba multiplicarles todos esos trabajos y hacerles un daño incesante en sus filas. Durante dos meses se hicieron estas faenas en medio de muchos episodios importantes que me cuentan aquí y todavia despues

de veinte días en que no pudieron avanzar nada los realistas, tuvieron su junta de guerra resolviendo que Iturbide atacara con tres columnas, para lo cual tuvo que engañar á sus soldados haciéndoles creer que contaban con inteligencias en el fuerte y que luego que atacaran se les rendiría.

—Eso para que no tuvieran miedo de acercarse, le explicó Colás á Francisco.

—Ya me hago cargo de ello, contestó este que no parpadeaba.

—Iturbide atacó con brio antes de la madrugada por varios puntos y en todos fueron rechazadas hasta por tres veces sus columnas, perdiendo cuatrocientos noventa hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

—¡Eso sí estuvo bueno! exclamó Francisco.

—Miren lo que entre otras cosas dijo Llanó en una proclama al retirarse, continuó diciendo Morelos á la vez que daba lectura á un impreso: "tomaré todas las disposiciones mas conducentes, adoptando por ahora la de dejar á estos infames en un punto que ellos mismos abandonarán, entre tanto os recuperáis de las meritorias tareas con que os habeis hecho dignos de mejor consideracion y recompensa, para despues estrecharlos con el desprecio de sus fortificaciones á batirlos cuerpo á cuerpo....."

Morelos se sonrió, dobló el papel y continuó diciendo:

—Hay aquí más disparates y baladronadas que ni el mismo gefe realista podrá entender. El hecho fué que